

Cuenta que te cuento

Por: Jairo Aníbal Niño

ISBN 958 - 624 - 054 - 1



SOACHA



CUENTA QUE TE CUENTO

Jairo Aníbal Niño

Ilustraciones de Iván Chacón

La OIM está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de principal organización internacional para las migraciones, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los desafíos que plantea la migración a nivel operativo; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración; velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Esta publicación fue posible gracias al apoyo financiero de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), bajo los términos de referencia descritos en la Donación número 527-A-00-00-00170-00. Las opiniones expresadas en esta publicación son las del autor y no necesariamente coinciden con los puntos de vista de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

This publication was made possible through support provided by the U.S. Agency for International Development, under the terms of Grant No. 527-A-00-00-00170-00. The opinions expressed in the publication are those of the author(s) and do not necessarily reflect the views of the U.S. Agency for International Development.

© Jairo Aníbal Niño
© Iván Chacón
© Departamento Administrativo Nacional de Estadística
primera edición, 2005

Diseño, diagramación, ilustraciones, corrección de estilo e impresión:
Dirección de Difusión, Mercadeo y cultura Estadística del DANE

Nombre del personal vinculado al proyecto:

Manuel José Rincón Mesa
Miyerlandi Fajardo Valenzuela
Carla Patricia Durango V.
Diana Nayibe Rusinque G.

Director
Coordinadora
Procesamiento de datos
Asistente Administrativo

CUENTA QUE TE CUENTO

Jairo Aníbal Niño

Ilustraciones de Iván Chacón

Miguel sabía que eran las doce de la noche. A lo largo de sus once años de edad, sin falta, se despertaba a esa hora como si tuviera una cita con la cintura de la noche. Para el niño era un regalo del tiempo, porque antes de dormirse nuevamente le abría campo a los sueños que llegan como pájaros de la

imaginación, cuando el que sueña permanece despierto.

Una de sus frecuentes fantasías lo colocaba al mando de una nave espacial, que en medio de torbellinos de polvo descendía en un planeta, tan pequeño y abandonado, que sin duda alguna era el hijo de una estrella muy pobre situada en los extramuros del cielo.





En dicho planeta cabían a duras penas unas cuantas casas. Tal vez, apretándolas, las casas de su barrio. Y en el sueño aparecían los vecinos, los buses que con aspavientos de fieras destartadas se desparramaban por las calles a la caza de afanados pasajeros, su escuela con el mástil que sostenía la bandera deshilachada, pájaro tricolor con el overol desgarrado a causa de los duros trabajos en los talleres de viento, el dueño de la tienda de la esquina que pretendía conocer al que inventó los helados de vainilla. Aparecían, también en sus ensoñaciones, los perros callejeros. El niño, al vislumbrarlos, no podía evitar que su corazón latiera a la manera de un perro rojo en forma de ciruela —así figuraba el dibujo del corazón en su libro de ciencias— y entonces su corazón apaleado recibía, en descampado, el aguacero de la sangre. Surgía también la imagen de Mariela María, la niña que vino de lejos y con su familia había escarbado un lugar entre el lodo y el viento de la Comuna 4, el punto más abandonado de todos. Tan abandonado, que la gente de ese sitio no soñaba con pepitas de oro sino con canecas de agua.

Pero esa noche se prolongó la vigilia. Había sido escogido para formar parte del grupo de niños que iría, casa por casa, en la tarea de recabar la información con destino al Censo Experimental de Soacha. Debajo de la almohada tenía la copia de uno de los formularios que él había estudiado con un extraño e intenso interés ¿Para qué sirve un censo? —se había preguntado inicialmente—. ¿Qué se busca en ese encuentro de averiguaciones? El profesor José Montaña les había dicho que es muy importante saber cuántas personas habitan en un territorio, cómo viven, de dónde provienen, cómo son sus casas, cuántas personas conforman las familias, cual es la edad de sus miembros, si tienen una nevera o un televisor, en dónde se proveen del agua para las necesidades de la existencia. Con esos y otros datos, una comunidad sabe de dónde viene y para dónde va —explicaba el profesor— y agregó: —Dicha información es esencial para que el Estado planifique y ejecute las obras y los proyectos vitales para la gente. —Ver para creer— dijo la profesora de música—. Lo dijo con firmeza, pero se escuchó como si la frase la hubiera entonado en clave de sol.



Miguel sacó de debajo de la almohada el formulario, y gracias a la luz que se colaba a través de la ventana y que provenía del aviso luminoso que desde la esquina pregonaba las exquisiteces de una bebida gaseosa, releyó el texto como si quisiera encontrar una clave que le permiti-

era entrar en las casas de los vecinos con una amistosa llave de preguntas en la mano. En voz baja murmuró:
–Decimoséptimo Censo Nacional de Población y Sexto de Vivienda. Censo Experimental de Soacha. Mayo 25 de 2003. Formulario para Hogares Particulares.

Lo hojeó y del papel se desprendió un sonido, similar al aleteo de un pájaro con las alas cristalizadas. Algunos interrogantes quedaron rondando en su memoria. Tipo de vivienda. Casa. Apartamento. Tipo cuarto. Carpas. Vagón. Contenedor. Embarcación. Refugio natural. Puente o similares.

Alguna vez los gitanos acamparon en un lote que estaba cerca de la escuela. Jamás pudo olvidar la imagen de esas casas de tela que se alinearon como gigantes burbujas de algodón, y recordaría

para siempre la noche en que, gracias a la invitación de un niño gitano del que se había hecho amigo, entró en una de las carpas y echado sobre inmensos cojines variopintos –como si se hubiera caído de espaldas en un jardín obeso y suave– contempló asombrado a la luna llena, que se había trasladado de lo alto del firmamento al cielo de la carpa, y pensó que era posible entonces, tocar el borde luminoso de la luna con la punta de los dedos y que en sus manos se mantendría durante cierto tiempo, el dorado polvo de las estrellas.





¿Y cómo será ese asunto de vivir en una embarcación? El agua en muchos lugares de Soacha no abundaba. En ese caso sería un barco terrestre, una nave

anclada en el abandono, que ni siquiera puede irse por ahí, flotando, deslizándose en la eterna búsqueda de todos los barcos que, como hijos pródigos, retornan una y otra vez a la ciudad materna del mar.





Su hermano mayor, que dormía en el otro extremo del cuarto, dejó escapar su conocida tormenta de ronquidos. Miguel se había acostumbrado a ese ruido, imaginando que en el rincón vivía un dinosaurio muy viejo y con gripe, al que le costaba trabajo respirar.

Y a propósito de viejos, en el formulario había una pregunta dirigida a personas de noventa y ocho, o más años de edad. Él nunca había conocido a nadie tan viejo. ¿Será cierto que cuando una per-

sona llega a los cien años de edad, se devuelve a la condición de niño chirriquitico? ¿Un bebé de cien años con las arrugas del tiempo, que dibujan en la cara el mapa de la vida? ¿Un bebé viejo mascando el borde de las palabras y estirando las manos apergaminadas en la búsqueda de un biberón eterno?

Miguel cerró los ojos, y con el contrapunto de los bufidos y ronquidos de su hermano, se quedó profundamente dormido.

La guerra había expulsado de su tierra y de su casa a Mariela María y su familia. Llegaron a la Comuna 4 una mañana en la que el viento levantaba iracundas nubes de polvo. De vez en cuando, pe-

queños remolinos inventaban un jardín de flores de basura.

Ella y sus hermanos menores, Rodolfo, Isabel y Valentina, seguían a su madre, Luz Amparo, quien cargando un pesado fardo a las espaldas, encabezaba la marcha.



Días atrás, al padre lo habían encontrado en la orilla de un camino. Tres balazos en el pecho lo habían derribado para siempre. Lo sepultaron en el claro de un bosque de mangos. Al echarle encima las últimas paladas de tierra, aparecieron tres pájaros rojos, y de un rojo intenso y refulgente.

Valentina, que era la más pequeña de todos —pajarito flaco y gris—, levantó la mirada y pensó que esos tres pájaros rojos eran las heridas que se levantaban del cuerpo de su padre y que desde entonces volarían sin descanso en el bosque de la memoria.



Luz Amparo era una mujer de una determinación y un valor que parecían exagerados para su desmirriado cuerpo. Defender a los hijos hasta el más allá de lo imposible, era para ella algo natural y conocido. Siendo niña fue testigo de la heroica batalla de una gallina contra un gavilán. La gallina recogió a los po-

llitos debajo de un tronco y se enfrentó a la fiera rapaz, poniéndola en fuga. Luego guió a los algodoncitos –nombre que algunos campesinos les dan a los pollitos recién nacidos– a un campo en vísperas de la siembra, donde celebraron la victoria con una fiesta de lombrices.





La familia se instaló en una casa destartalada. Luz Amparo, sin dejarse abatir por las circunstancias, fue de la ceca a la meca, hasta que finalmente consiguió trabajo. En la mañana ayudaba en las labores de cocina en un restaurante popular de Soacha, y en las tardes lavaba, remendada y planchaba toda clase de prendas, que llegaban a un almacén en el que vendían ropa de segunda mano. O de segundo cuerpo, como decía con cierto sentido del humor el dueño del establecimiento. Luz Amparo, además, no se dio por vencida hasta que a pesar de innumerables trabas y dificultades, logró que sus hijos fueran admitidos en la escuela.

Mariela María fue incluida en el grupo de niños y de jóvenes que colaborarían en las necesidades del censo. Con su amigo, Miguel, coincidió en que eso era algo muy importante para ellos, porque en pocas ocasiones los niños son tenidos en cuenta. Con frecuencia se niegan a escucharlos, como si su voz y sus pensamientos no fueran, quizás, la parte más luminosa de los sueños humanos. Mariela María veía, en esa oportunidad, un deber y un derecho para contar y ser contada.

La ciudad, a la que había sido conducida a los empujones, abrió en ella la necesidad de aprender a leerla. Como lo hizo

al acercarse a las letras de su primera cartilla. Aquí casi todo era diferente al lugar de donde provenía. El aire sabía a óxido, en ocasiones le dolía. El aire en el campo era dulce: conserva de guayaba en polvo, perfume de pomarrosas, respiración de caña. ¿Y el tiempo? Aquí era el encuentro con el afán. La angustia por llegar a ninguna parte. Y el gentío, y el hambre y el ruido. Nunca como ahora había pensado en el sonido del silencio. Música serena que se mueve calladamente, a la manera de peces en los ríos de aire.

Las sombras cayeron lentamente, como si la luna se hubiera despojado de un vestido de cenizas. Luz Amparo y sus hijos consumieron la escasa comida, a la luz de una lámpara de petróleo.

En esas alturas de la Comuna 4, carecían del servicio de luz eléctrica. Valentina abrió una ventana y dijo:

—No veo las estrellas.

—Están ahí, donde siempre— exclamó Luz Amparo.

—En la finca yo las veía todas las noches— dijo Rodolfo.

—La más bonita de todas es una estrella azul. Dicen que es un botón que se le desprendió a la camisa de un arcángel— exclamó Isabel.



–A las estrellas les basta con ser estrellas y a los seres humanos les basta el milagro de poder contemplarlas– dijo Luz Amparo.

–Quisiera estar ahora en la casa de la finca– dijo Rodolfo.

–Yo también, hijo. Pero por la necesidad, tenemos que inventar la vida lejos de los recuerdos.





Vislumbraron la ciudad que se extendía a sus pies, y como siempre, escucharon un profundo jadeo como si Soacha subiera, paso a paso, al encuentro de la Comuna, con un inmenso equipaje de sombras a la espalda.

–Acuérdese, Mariela María, que mañana tiene que madrugar– dijo Luz Amparo.

–Ya está avisado el reloj despertador– dijo Mariela María.

–Debe ir bien limpiecita y arreglada. Me gusta que la hayan escogido para ese asunto del Censo– exclamó Luz Amparo.

–Yo también estoy contenta –dijo Mariela María.

–Esos encargos son muy importantes, hija. Hace mucho tiempo, la Virgen María y San José, retornaron a Belén porque el emperador Augusto había ordenado la celebración de un censo. Debí de ser asombroso para los que llevaban las cuentas, comprobar que la población había aumentado con el nacimiento de un niño Dios.

Mariela María se dejó llevar por las ensoñaciones e imaginó que era una empadronadora en Belén y que, con el formulario en la mano, había averiguado que San José era un obrero carpintero, la Virgen María ama de casa, el pesebre un refugio natural y, tal vez, vivienda de otro sin pagar arriendo. No tenía inodoro conectado al alcantarillado, ni luz eléctrica, ni televisión, ni aire acondicionado. Pero quizás ninguna casa fue más hermosa que ese pesebre.

Allí nació un Dios Niño y el pesebre estaba dotado de algo que ningún palacio, por rico y opulento que sea, ha tenido jamás: una estrella. Tal vez la estrella azul que vio Isabel y que Dios Padre, en prenda de gratitud, le había regalado tiempo después al Arcángel San Gabriel para que se abotonara la camisa.







El sol parecía haber llegado a Soacha más temprano que de costumbre. Miguel recibió los implementos para el trabajo relacionado con el Censo. El lápiz y el borrador los guardó en el bol-

sillo de la camisa y sintió que los objetos adquirirían, de pronto, un carácter extraño. El lápiz era un alargado pájaro de la memoria y el borrador, una nube del olvido.





El grupo conformado por Miguel y algunos de sus compañeros, se dispersó a lo largo de la calle, siguiendo las instrucciones de los funcionarios encargados de supervisar la tarea. De pronto, Miguel experimentó un escalofrío, un rasguño de hielo en la boca del estómago. La primera casa que le asignaron para pensar era la casa del monstruo. En la escuela corrían histo-

rias extrañas sobre un personaje que habitaba esa casa y que en las noches oscuras recorría lentamente la calle, de arriba abajo, sollozando, murmurando frases misteriosas. En ocasiones, de sus labios brotaba una canción tan sorprendente que, según decían algunos, era muy parecida a la melodía que salió de las bocas de Adán y Eva cuando fueron expulsados del Paraíso.

Los niños creían a pie juntillas que esa figura triste correspondía a un hombre de humo. Los adultos eran muy reservados al respecto, y cuando los niños indagaban sobre el hombre de humo, se hacían los desentendidos y les decían que se dejaran de murmuraciones y que respetaran el dolor ajeno.

Una tarde en la que una llovizna muy fina se desprendió del cielo de Soacha como una inmensa y sutil sábana de agua, Miguel pasó junto a la casa del monstruo y creyó ver, a través de una cortina entreabierta, un rostro que no era de humo sino más bien de polvo lunar.



Miguel apretó contra el pecho los formularios, a manera de escudo protector, y temblando movió el llamador, que en forma de mano de hierro, pendía en lo alto de la puerta —mano de mujer, de dedos largos y recogidos, diseñada para atrapar en la palma metálica el llamado de los visitantes—. Los golpes de Miguel no repercutieron sobre la madera de la puerta sino sobre las tablas de su corazón.

Apareció en el umbral la señora Isabel. Ella era una mujer ya entrada en

años, de mirada melancólica y que parecía llevar siempre en la cabeza un sombrero de silencio.

La mujer lo miró largamente y lo invitó a pasar. Don Everardo, el esposo de la señora Isabel, reposaba en una silla de patas largas y espaldar de lona. Él era un hombre flaco y pequeño, de tal manera que se veía como si estuviera sentado en el lomo de un gigantesco grillo de palo.





–En qué le podemos servir, caballere– dijo el hombre.

–Buenos días– balbució Miguel –Vengo a tomar los datos correspondientes al censo.

–Muy bien. Me parece muy bien que averigüen quiénes somos y dónde estamos– dijo don Everardo.

–Y cuántos somos– agregó el niño, con voz temblorosa.

–¿Sabe que estas tierras donde ahora se levanta Soacha, estaban habitadas por comunidades chibchas mucho antes de la llegada de los españoles?– preguntó don Everardo.

–Sí señor– contestó Miguel.

–Los tiempos modernos son un horror. Los niños lo saben todo– exclamó don Everardo.

–Siéntese, muchacho– dijo la señora Isabel.

El hombre levantó el periódico que había olvidado sobre sus rodillas y reinició la lectura. Sus ojos saltones se lanzaron como pájaros a picotear una a una las palabras. Sin levantar la cara del periódico, el hombre dijo:

–Somos todo oídos.

Miguel consignó en el formulario la hora en que iniciaba la entrevista y anotó algunas de sus observaciones. Sin embargo, no podía evitar el miedo que le causaba pensar que en cualquier momento irrumpiría

en la pequeña sala el terrible hombre de humo.

Las preguntas y las respuestas iban y venían y en la cabeza del niño, resonaban a la manera de voces perseguidas por ecos lentos y lejanos.

Súbitamente se escuchó un sonido afilado, un silbido de aire frío. El hombre atisbó el interior de un cuarto contiguo y musitó:

–Si no me equivoco, una vez más la araña se ha caído al suelo.

–¿La araña?– balbució el niño.

–Sí. Parece que le es imposible permanecer en el sitio que le corresponde –exclamó don Everardo.

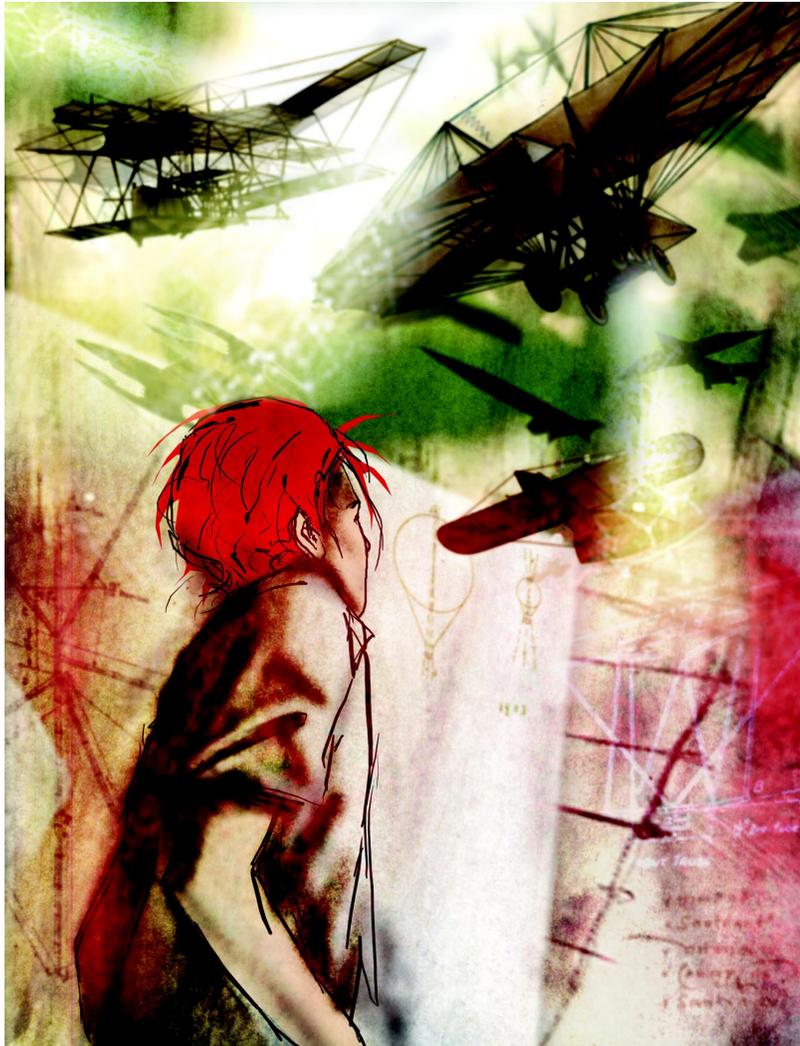
El hombre se levantó y le hizo una seña a Miguel para que lo siguiera. El niño estaba aterrizado.

–Venga. Le mostraré algo– dijo el hombre.

Miguel, tembloroso, se colocó detrás de don Everardo. El hombre abrió la puerta de par en par y el niño se quedó sin habla. Estupefacto, no podía creer en lo que estaba viendo en las paredes, en el cielo raso, sobre los muebles de la habitación, pululaban decenas de aparatos voladores: aviones, helicópteros, cohetes, transbordadores, estaciones estelares, globos, fulgurantes naves de la Guerra de las Galaxias. Todos estaban hechos a escala y con una perfección maravillosa. Aquel cuarto parecía el día

de la Creación, cuando Dios dijo: "Que se hagan los cielos". Y entonces aparecieron los pájaros, que son los abuelos de todo lo que vuela. Don Everardo tomó la araña lunar y la colocó delicadamente sobre una mesa. Miguel reconoció al Concorde, que en lo alto era el índice

extendido de la mano de todo aquel que, desde el comienzo de los aires, ha estado atento al milagro de las alas. Un DC3 reposaba junto a la ventana, con la sabiduría de una golondrina eterna, mientras un Boeing-767 se balanceaba en un perchero.



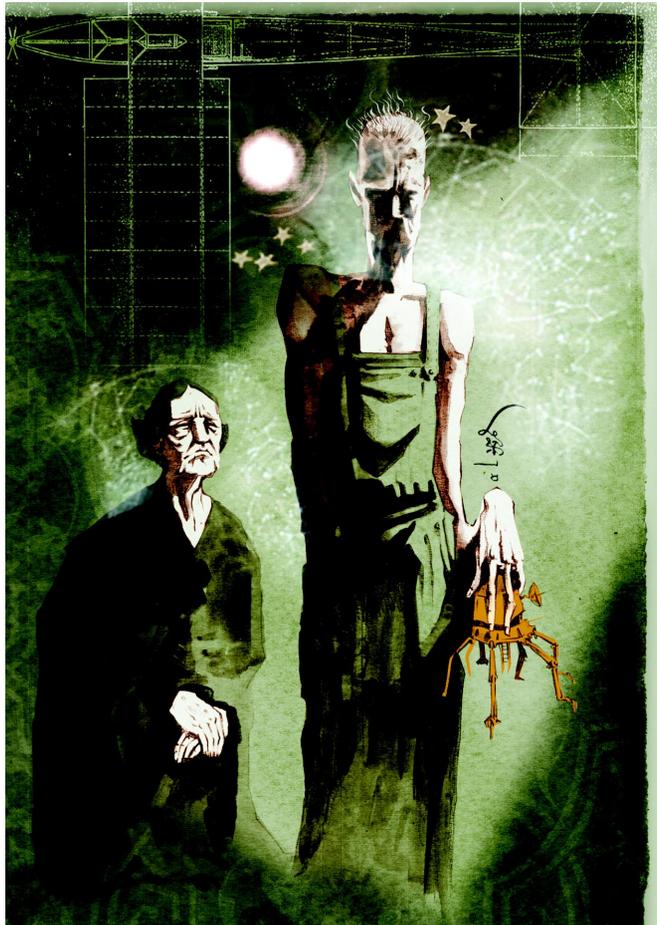
–¿Me preguntó sobre las personas que viven habitualmente en este hogar?– exclamó la señora Isabel.

La mujer no era visible para el niño porque estaba a sus espaldas. Miguel se quedó petrificado. Adivinó que ella no estaba sola. Supo que el hombre de humo permanecía a su lado.

–Somos tres personas las que habitamos esta casa– dijo la mujer.

–La tercera persona es nuestro hijo Álvaro, autor de todas estas maravillas voladoras– dijo don Everardo.

El niño giró lentamente la cabeza y descubrió a un hombre alto, desgarbado, con sus huesos metidos en un amplio overol azul. Su rostro era una masa informe y apergaminada.





—Él es nuestro hijo— exclamó la mujer. Álvaro avanzó, pasó al lado de Miguel y se ocupó de enderezar la réplica de un Spitfire.

—¿Le gustan los aviones?— preguntó Álvaro.

—Sí, son bonitos— dijo el niño.

—No son bonitos. Son perfectos— exclamó Álvaro.

Entonces, puso en las manos del niño el modelo de un Superconstellation. Miguel lo miró a la cara, y sin poder evitar el temblor de su cuerpo, lo dejó caer.

—Perdón— balbució el niño.

—No se preocupe. Todo avión tarde o temprano tiene que hacer un aterrizaje forzoso— exclamó Álvaro.

La voz de Álvaro era profunda y ronca.

—Se asustó— dijo don Everardo, a manera de disculpa.

—Las alas de los pobres son muy frágiles— dijo el constructor de aviones. Hace muchos años una estufa de gasolina me estalló en la cara.

—Lo siento— dijo el niño.

—Sé que circulan historias absurdas sobre mí.

—Así es— corroboró Miguel.

—¿Y qué dicen?— preguntó Álvaro.

—Que usted es un hombre de humo.

En la cara monstruosa de Álvaro se dibujó el desgarramiento de una sonrisa.

—Tienen razón. Soy un hombre de humo.

Álvaro levantó las manos y las colocó a lado y lado de las ruinas de su rostro. Luego, las manos, como si tuvieran luz propia, como si fueran dos mariposas pálidas, se acercaron al niño en un vuelo de saludo amistoso. Miguel se estremeció. Eran las manos más hermosas que el niño hubiera visto jamás.



A través del amplio ventanal, el profesor José Montaña contempló el patio de juegos de la escuela. La presencia de los alumnos era un vigoroso rumor. Cuando él vio el mar por primera vez, lo que más lo impresionó no fue su vastedad, su color o su movimiento, sino su voz. La voz del mar es muy parecida a la que aparece en el oleaje propio de los juegos de los niños.

Ellos, entre otras cosas, habían cumplido su compromiso con el censo. Algo bueno debe pasar cuando son un niño o una niña los que llevan las cuentas de ese

cuento terrible y maravilloso, triste y alegre, dulce y amargo, que es la existencia de la comunidad humana.

A lo lejos, José Montaña percibió la presencia de un niño y de una niña que caminaban hombro a hombro, muy juntos, alrededor del patio. Su marcha era como si le estuvieran dando la vuelta al mundo. Los niños eran Miguel y Mariela María, que se confiaban sus secretos. José Montaña supo entonces que no todo está perdido si un niño y una niña nos cuentan en el formulario de sus corazones.

FIN



Títulos de la colección

Tomo 1	El Censo de Soacha	César Caballero Reinoso
Tomo 2	Cuenta que te cuento	Jairo Aníbal Niño
Tomo 3	Conozcamos nuestro municipio	Gabriel Rosas
Tomo 4	Los migrantes en el municipio de Soacha, características y condiciones de vida	Fabio Sánchez y Patricia Neira Vélez
Tomo 5	La educación en el municipio de Soacha	Alfredo Sarmiento
Tomo 6	El mercado laboral en el municipio de Soacha	Stefano Farné
Tomo 7	La mortalidad infantil en Soacha	Carmen Elisa Flórez
Tomo 8	Servicios públicos y vivienda	César González
Tomo 9	Desplazamiento forzado	Claudia Helena Mejía
Tomo 10	Los hogares en Soacha	Juan Carlos Ramírez y Jorge Enrique Muñoz
Tomo 11	La pobreza en Soacha, desafío individual y colectivo	César Vallejo Mejía
Tomo 12	El DANE y la cultura	David Manzur

Impreso en la Dirección de Difusión, Mercadeo y Cultura Estadística
Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE
Bogotá, D.C. – Colombia –, enero de 2005